

FANCHÓN.—Aquí lo tiene Ud., señora.

EL NIÑO JORGE.—¡Mamá! ¡los botones para mi camisa!

Todos hablan, se regocijan, se engalanan, salen de casa; todos van á la Iglesia...

¡Oh! ¡Dichosa familia! Pasa las primeras horas de la mañana en la casa de Dios. Vuelve al hogar por las calles más concurridas, donde el júbilo se desborda de las almas puras, como brotan del cielo azul los suaves rayos del sol! Por la tarde, el delicioso canto de Vísperas en acción de gracias por la comunión pascual! Después, el alegre paseo por la campiña, donde se respiran la tenue brisa y los delicados perfumes de primavera! Y al caer el día, reunidos los parientes y los amigos, las encantadoras cuanto inocentes y animadas pláticas y la sabrosa torta de Pascua!

¡No hay lágrimas en este día! Hay sí el goce embriagador del Paraíso.

Los ángeles custodios de esta familia están radiantes de alegría.

Y cuando el ángel de Pascua pasa cantando:

Alleluia, hermanos míos, *alleluia*; responden alborzados: *Alleluia, alleluia, alleluia!*

Y por todos los ámbitos de la casa resuena:

—¡*Alleluia!*

* * *

Tres casas hay, pues, en la ciudad, parecidas, que no se parecen.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^o EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

P. ¿Cómo bajó?

R. Con el alma unida á la divinidad.

P. ¿Y su cuerpo como quedó?

R. Unido con la misma divinidad.

Jesucristo no murió ni pudo morir en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, lo cual quiere decir que el alma humana de Cristo se separó de su cuerpo; mas la divinidad quedó como antes, inseparablemente unida al cuerpo en el sepulcro y á el alma en los infiernos.

Para hacernos entender esta verdad, los teólogos se suelen valer de esta comparación: «Figurémonos, dicen, un hombre que tiene una espada metida en su vaina.» Aquí hay tres cosas: *vaina, espada y hombre*, y forman sólo dos uniones: una, la de la espada con su vaina; otra, la del hombre con la vaina y espada. Desenvaina el hombre la espada, y ésta queda en una mano, y en la otra la vaina. ¿Hay

aquí separación? Indudablemente: la vaina y la espada no están juntas, pero ni la una ni la otra pierden su unión con la persona del hombre. Desaparece la primera unión, mas no la segunda.

P. *Cómo resucitó?*

R. *Tornando á juntar su cuerpo y alma gloriosa, ya para nunca más morir.*

El alma de Jesucristo permaneció en los infiernos, ó senos de las almas, todo el tiempo que su cuerpo sacrosanto estuvo en el sepulcro, y que fué de tres días, si no completos, por lo menos incoados; á saber, una parte del viernes, todo el sábado, y una parte del domingo. En este tercero día su alma se volvió á unir al cuerpo para no separarse de él ya nunca jamás, y le comunicó una vida gloriosa é inmortal. En esta unión consiste el misterio de la resurrección de que vamos á ocuparnos.

Pudo muy bien Jesucristo resucitar inmediatamente; pero en este caso hubiera habido motivo para dudar de la realidad de su muerte, y si la muerte se hubiera podido poner en duda, en duda también se habría puesto su resurrección; y para alejar toda vacilación y hasta la menor sombra de duda acerca de su muerte y por lo mismo de su resurrección, quiso resucitar hasta el tercero día.

Así pues, en la mañana del domingo, su alma gloriosa salió del Seno de Abraham, se transportó al sepulcro en que se hallaba su cuerpo desgarrado y

frio, le tomó de nuevo y volviéndole así Jesús á la vida, salió de allí sin necesidad de remover la pesada losa que cerraba la entrada; pues la atravesó por la virtud propia de los cuerpos gloriosos, dejándola intacta. Por esto fué que los guardias que custodiaban el sepulcro no advirtieron cosa alguna, sino cuando acaeció el grande terremoto y bajó del cielo un ángel cuyo semblante resplandecía como luz de relámpago y su vestidura era blanca como nieve, apartó sin la menor dificultad la grande piedra, sobre ella se sentó, y *de temor de él se asombraron los soldados y quedaron como muertos*, según nos lo refiere San Mateo.

La resurrección de Jesucristo es ante todo la base y el fundamento de nuestra religión, base y fundamento de tal modo indispensables, que San Pablo no vacila en decir: *Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vana es nuestra fe.* (I Cor. XV. 14, 17.) En efecto, si admitimos que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios, debemos, por una consecuencia rigurosa, confesar la verdad de su ley, de los misterios que reveló, del Evangelio que promulgó, de la Iglesia y de la religión que estableció. Y por el contrario, todo este edificio se destruye si no reconocemos la divinidad de Jesucristo. Ahora bien; ninguna cosa prueba mejor esta divinidad que el milagro de su resurrección, porque entre todos los milagros es el más luminoso y el más sensible. La resurrección de un muerto es el mayor de los prodigios; mas, darse la vida á sí mismo y resucitarse

por su propia virtud, es la más maravillosa y la más estupenda de todas las resurrecciones. Solamente un Dios puede decir como Jesucristo: *Poder tengo para poner mi alma y poder tengo para volverla á tomar.* (San Juan, X. 18.) Y por esto renovaba tantas veces la predicción de este milagro, y siempre que anunciaba las ignominias de su pasión, hablaba de las glorias de su resurrección: *Comenzó Jesús á declarar á sus discípulos que convenia ir él á Jerusalem, y padecer . . . y ser muerto, y resucitar al tercer día.* (San Mateo, XVI. 21.)

Una circunstancia hay además, muy digna de notarse, y es que Jesucristo casi siempre hacía referencia á este milagro cuando sus enemigos le estrechaban á dar una prueba de su divinidad. Podía muy bien haber apelado á los prodigios que sin cesar ejecutaba ante ellos, como dar vista á los ciegos, palabra á los mudos, salud á los enfermos, y á veces así procedió: *Las obras que yo hago dan testimonio de mí* (San Juan, V. 36); mas, con todo, insistía de un modo particular en el milagro de su resurrección, como si éste debiera coronar á todos los otros, como si éste fuera el milagro decisivo. *Esta generación, generación malvada es: señal pide, y señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque así como Jonás fué señal á los de Ninive: así también el Hijo del hombre lo será á esta generación.* (San Lucas, XI. 29.) Y en otra ocasión dirigiéndose á los fariseos, decía: *Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.* (San Juan, II. 19.) Muy seguro debió

estar del éxito para expresarse así delante de sus enemigos.

Si una predicción renovada tantas veces y en términos tan precisos y formales, no se hubiera realizado, nos faltaría esta señal directa, inmediata, absoluta que dió Jesucristo como testimonio de su divinidad, y tendríamos derecho para calificarlo de falso profeta, de impostor y por lo mismo de no admitir su doctrina. Mas, si verdaderamente resucitó en el tiempo que había fijado, entonces es con toda realidad lo que él mismo se llamó, verdadero Hijo de Dios. Por tanto, quien cree la resurrección de Jesucristo, cree por una rigurosa consecuencia todos los demás artículos de la religión cristiana.

Pero, ¿es cosa bien probada la resurrección de Jesucristo? Este punto, que es uno de los artículos de nuestra fe, es al mismo tiempo uno de los hechos mejor comprobados que podemos encontrar, ya por el testimonio de los mismos enemigos, ya por las diferentes apariciones de Jesús, ya por la resistencia que los apóstoles opusieron en un principio á esta creencia, y ya finalmente por la invencible firmeza con que después la publicaron.

1.º *Por el testimonio de los mismos enemigos.*—Éstos no ignoraban lo que Jesús tenía anunciado de su resurrección, y tuvieron miedo de que los discípulos, substraído y ocultado el cadáver, publicasen que su Maestro había resucitado; por lo cual no perdonaron cuidado ni medio alguno para asegurarse á este respecto. Quisieron ante todo convencerse de

que el cuerpo de Jesús estaba en el sepulcro; y cerraron la entrada con una enorme piedra sobre la cual pusieron los sellos públicos y cerca de la cual colocaron numerosos centinelas. Precauciones que no sirvieron más que para dar mayor certidumbre al hecho y hacerlo más palpable. La divina Providencia quiso que esos soldados fuesen los testigos irrecusables de todos los prodigios que siguieron y que probaran invenciblemente la resurrección de Jesucristo: que fueran testigos de aquel formidable terremoto, de aquella súbita apertura de la tumba y de la presencia del ángel cuya mirada les llenó de espanto.

(CONTINUARÁ.)

MORAL.

LA FE.

I

Motivo de estos artículos.

Terminante es la sentencia del Espíritu Santo acerca de la necesidad de la fe para salvarse: « Es imposible, dice, que sin fe se agrade á Dios: » y sin embargo, cruzamos por calamitosos tiempos en que con mayor fuerza que nunca se ve combatida por tres enemigos poderosísimos, constituyendo cada uno de ellos una legión. La ignorancia, el error, la inmoralidad.

Es vergonzosa la inexcusable ignorancia que hay sobre nuestra santa religión; por eso no se la ama de veras ni menos se la practica; por eso se la ataca tan rudamente más que con argumentos con burlas satánicas y con la fuerza bruta; por eso finalmente se la defiende y sostiene con poquísima energía y humillantes condescendencias. Y se ignora, porque somos tan apáticos como veleidosos; no queremos instruirnos profundamente en nuestra religión por pereza y porque andar de bagatela en bagatela, dejando lo único substancioso, halaga los sentidos.— Se ignora, por el criminal descuido de los padres de familia que han olvidado ó miran con desprecio la sagrada misión que tienen, de enseñar á sus hijos el camino del cielo por la doctrina de Jesucristo. Se ignora en fin, á causa del empeño oficial de desterrar de las escuelas la enseñanza religiosa. Se leen periódicos, novelas, etc.; personas hay que están al tanto de todo lo que pasa en la ciudad ó en el pueblo, en la nación ó en el mundo, sobre política, sobre tal ó cual ciencia; pero que á la vez ignora los mandamientos de la ley de Dios y los artículos de la fe.

Además, el presente siglo que por sus innumerables y sorprendentes descubrimientos ha sido privilegiado; por otra parte ha tenido la mala fortuna de heredar juntos todos los errores de las pasadas centurias, pero con circunstancias excepcionales. Distínguele el mayor desenfado en materias religiosas, y por un contraste digno de observarse, le arrastra la más necia credulidad sobre los más burdos erro-

res filosóficos. Cuenta con toda clase de elementos para hacer la felicidad del individuo y de la sociedad; pero los emplea sin discernimiento para propagar lo mismo las verdades que los absurdos, lo mismo las máximas de la moral más pura, que los disparates más corruptores.

Y ¿qué diremos de la relajación de costumbres que ha invadido y sigue invadiendo á nuestra sociedad? Por todas partes hay tropiezos para la pobre juventud que al entrar en el mundo y abrir sus ojos se encuentra con una poderosa corriente de escándalo difícil de dominar.

En este mar tan agitado y de tantos escollos, la fe más firme corre sus peligros, y la fe débil es casi seguro que naufrague. En vista de tamaños males, ocurre preguntar con el célebre Cardenal Belarmino y con más justicia que en sus calamitosos tiempos, si habrá llegado la época predicha por Jesucristo, en que « se levantarán en gran número falsos profetas y seducirán á muchos: y que, como abundará la perversidad, se resfriará la caridad de no pocos, » y aquello otro: « ¿crees que cuando venga el Hijo del hombre hallará fe en la tierra? »

Es por tanto, no sólo conveniente, sino necesario tratar de la religión y procurar por todos los medios posibles que la plena luz de la fe llegue á todas las inteligencias, para ver si es posible que se salven algunos siquiera de los muchos que están pereciendo y para ver si hacemos algo por la juventud.

Qué es la fe.

Nuestro Catecismo dice con tanta sencillez como verdad, que la fe es « una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone. »

El Doctor de la Iglesia San Alfonso M. de Ligorio dice que la fe es *una virtud teológica, infundida por Dios, que nos inclina á creer firmemente, por la veracidad divina, todas las cosas que Dios nos ha revelado y nos ha mandado creer por medio de la Iglesia.* Expliquémonos: « Se dice 1.º *Virtud teológica*, esto es, que se refiere á Dios; pues la fe lo mismo que la esperanza y la caridad, van directamente á Dios, á diferencia de las virtudes morales que indirectamente se relacionan con Él.

« 2.º *Infundida por Dios*, porque la fe es un don sobrenatural y divino.

« 3.º *Que nos inclina á creer firmemente*, porque el asentimiento de la fe no admite vacilaciones ó dudas, á la manera que se decía en la proposición 4.ª condenada por Inocencio XI, sino que debe ser absolutamente firme.

« 4.º *Por la veracidad divina*, porque la verdad infalible, que es el mismo Dios, es el objeto formal de la fe.

« 5.º *Todas las cosas que Dios ha revelado*; pues todas las cosas reveladas por Dios constituyen el objeto material de la fe.

«6.º Y nos ha mandado creer por medio de la Iglesia, porque la revelación divina no se nos manifiesta sino por la Iglesia, que propone lo revelado, siendo por otra parte evidente por las señales de credibilidad, como son las profecías, los milagros, la constancia de los mártires y otras semejantes, que la Iglesia no se engaña ni puede engañar. Además de que San Agustín profirió aquella célebre sentencia: *No creyera al Evangelio, si á ello no me moviese la autoridad de la Iglesia.*» (Theologia Moralis. Lib. III.)

Es por tanto la fe una luz y conocimiento sobrenatural ó divino por su origen, por su motivo, por su objeto, que es primaria y principalmente Dios nuestro Señor. Creemos *sin ver*, porque el acto de la fe se distingue del acto intelectual meramente científico ó racional: creemos fundándonos en la veracidad divina, aunque no entendamos lo que creemos, como sucede en los misterios: creemos por el mismo sobrenatural motivo las verdades reveladas que no superan los límites de la razón, pues en el acto de la fe prescindimos del conocimiento natural.

La fe ennoblece inmensamente al humano entendimiento, porque por ella tiene un tesoro riquísimo de verdades que Dios por su bondad infinita se ha dignado comunicarle. Y conoce esas verdades de una manera infalible, superior á la misma evidencia de las verdades más fundamentales del orden natural.

«La luz de la fe, dice el Cardenal Belarmino, para creer los dogmas que la Iglesia Católica propone,

no me parece menos necesaria que la luz de la inteligencia natural para conocer los primeros principios. Del mismo modo que todos los hombres están dotados de cierta luz natural para asentir á la verdad de los primeros principios sin esfuerzo y sin argumentos; pues no hay quien exija razones y argumentos cuando se le proponen los siguientes principios: el bien se ha de amar, el mal se ha de huir, tres es más que dos, tres y dos son cinco: así también todos los cristianos ilustrados por Dios con cierta luz sobrenatural y divina, confiesan que son absolutamente verdaderos y ciertos los primeros principios de nuestra fe, aunque sean difíciles y aunque estén sobre la razón. ¿Por qué causa no puede darse enseñanza racional á los brutos animales? Tomad cualquier animal, por ejemplo, un caballo, un halcón, y ved si podéis persuadirle de alguna verdad. No podréis, ni agotando los recursos de la dialéctica y la retórica. ¿Por qué esto? Porque carece de la luz natural de la inteligencia. Del mismo modo todos nuestros argumentos, y no sólo nuestros argumentos, sino nuestros signos y portentos, serán insuficientes para infundir nuestra fe en los paganos y herejes si no es que Dios mismo se acerque á enseñarlos y que ilustre su mente con esta luz divina.

«Los antiguos pelagianos, despreciadores de la divina gracia y soberbios ensalzadores de sus propias fuerzas, se atrevieron á decir que no tenemos mucha necesidad de esta luz; y que á la fe se da el nombre de don de Dios en las Sagradas Letras, sólo

porque por gracia y favor de Dios tenemos las Santas Escrituras y las predicaciones del Evangelio. Pero cosa muy distinta nos ha manifestado Jesucristo, otra cosa nos enseñaron los Apóstoles, de otra nos han dado testimonio la práctica y la experiencia. ¿Qué cosa no vieron y oyeron los que vieron y oyeron al mismo Cristo, es decir, al Verbo y Sabiduría del Padre predicando y obrando prodigios? Y sin embargo, San Juan ha dicho de ellos: *Habiendo obrado tantos milagros delante de ellos, no creían en él.* ¿Quién más sabio que la Sabiduría? ¿Quién más elocuente que el Verbo? ¿Quién más santo que aquel que pudo decir: *Quién de vosotros me argüirá de pecado?* ¿Quién más admirable que aquel que con sólo su palabra volvía á la vida aun á los que tenían cuatro días de muertos? Y sin embargo de haber efectuado tantos prodigios y de ser tal y tan grande, no creían en él. Bien les decía el Señor: *Todo el que oye y aprende del Padre, viene á mí. Hay algunos de vosotros que no creen: por eso os dije, que ninguno puede venir á mí, si no le fuere dado por mi Padre.* El Apóstol Pablo, antes de su conversión había oído, si no á otros al menos á San Esteban, *lleno del Espíritu Santo*, predicar que nadie podía resistir á la *sabiduría y al espíritu que hablaba en él*, había visto las señales y prodigios que hacía en el pueblo, y no obstante, con tal odio perseguía nuestra fe, que *respirando venganza y muerte contra los discípulos del Señor*, pidió cartas al Príncipe de los Sacerdotes *para las Sinagogas de Damasco, con el objeto de que, si encontraba*

varones y mujeres que siguiesen esa doctrina, los condujese atados á Jerusalem. (CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

IX

SI QUERÉIS IR DERECHAMENTE AL PARAÍSO.....

Si queréis ir rectamente al Paraíso, hé aquí una receta infalible, decía el misionero:

1.º *Cinco minutos de lectura por día.*

De una piadosa lectura, se entiende; y si puede hacerse por la mañana, mejor.

Esta piadosa lectura embalsamará todas las horas del día.

Os acostumbrará á andar en compañía de vuestros amigos celestiales, Dios, Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen, los santos ángeles y los bienaventurados.

Os hará vivir en la atmósfera de los grandes pensamientos de la Eternidad, del Cielo, del Purgatorio, del Infierno.

Os entusiasmará por la virtud y os llenará de horror por el pecado.

Os dará poco á poco esa alta sabiduría que el mundo no conoce y que comunica Dios á los que gustan de conversar con Él.

Santa Teresa prometía el cielo á los que hiciesen diariamente *un cuarto de hora* de meditación.

A los que no pueden dedicar ese cuarto de hora á la meditación, Dios pide menos todavía: *cinco minutos de piadosa lectura.*

Si ni aun eso podéis, os diré: Contentaos con *algunos segundos de reflexión*. Una mirada, una sola mirada (¡no es mucho por cierto!); pero una mirada *bien fija* cuando os levantáis, hacia Dios, el Cielo, el Infierno, la Eternidad: y esta sola mirada os preservará de muchas faltas.

Porque nadie reflexiona, dice el Espíritu Santo, *la tierra está desolada por tantos crímenes..... Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás nunca.*—Hacedlo.

2.º Examen de previsión.

Cinco minutos, por la mañana, al despertar.

Ver el mal que habéis hecho, y el bien que habéis omitido entre día: tal es el objeto del *examen por la noche*. Excelente práctica, señal de predestinación, dicen los Santos.

Pero no menos excelente es también el *examen de previsión*.

Las personas prudentes prevén las ocupaciones materiales que habrán de llenar el día, á fin de hacerlo todo con orden y medida.

Prevén las dificultades que puede haber en la marcha de sus *negocios* y la manera de vencerlas.

Prevén las utilidades y los gastos probables, y buscan el modo de equilibrar su presupuesto.

Todo esto es muy bien hecho.

Pero esto todo pertenece al cuerpo. Lo que es mejor, debéis confesarlo, y más prudente, es buscar desde por la mañana el modo de equilibrar el alma, prever la *tarea moral*, los *deberes cristianos* que se han de llenar, los *tropiezos espirituales* que podrán

presentarse y la manera de arreglar perfectamente lo que respecta á la conciencia y á Dios.

¡Cuántas faltas se evitarían con este procedimiento! ¡Y cómo este *examen preventivo* haría más consolador el examen de conciencia por la noche!

3.º Vigilad.

No basta estar en guardia por la mañana, sino que es indispensable vigilar durante el día.

Desconfiad de *vuestra propia carne*. Es un enemigo que lleváis con vosotros á todas partes y del que no podéis desembarazaros jamás.

El pecado original ha dejado en nosotros una levadura de orgullo y de sensualidad que corrompe toda la masa de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos y de nuestras acciones.

Desconfiad del *demonio* que ronda al derredor vuestro para devorar vuestra alma y que se hace cómplice de vuestra carne. El aire que os envuelve está lleno de sus satélites.

Desconfiad del *mundo*, de sus *ocasiones peligrosas* y de sus *compañías perversas*. El mundo está sumido todo él en la maldad.

Desconfiad de las *ilusiones*. Porque si se está limpio, se cree uno impecable; si se está recto, se cree uno infalible; si se tiene la paz del alma, se cree uno confirmado en gracia. Y ciertamente que no hemos de ser impecables, infalibles y confirmados en gracia, sino en el Paraíso.

Desconfiad de la *rutina* y del *hábito*. Hábito ó rutina que son una segunda naturaleza de la que no se

puede uno desembarazar sino en fuerza de *vigilancia* y de *lucha*. Sin *vigilancia* y sin *lucha* se continúa haciendo lo que se ha hecho, se recae sin cesar en las mismas negligencias, en los mismos errores, y al cabo de uno, cinco, diez ó veinte años, se encuentra uno en el mismo punto del camino de la virtud, si no es que la pendiente del hábito hace descender más abajo.

Cuidado, pues, con el hábito y la rutina, la ilusión, el mundo, el demonio y la carne.

¡Vigilad! y

4.º *Orad.*

Sin Dios nada podéis: esto es una gran verdad.

Orad, pues, aun cuando el orar os cueste trabajo, como sucede á veces por nuestra suma miseria.

No hagáis largas oraciones, con tal de que las hagáis bien.

Orad por la mañana, orad por la noche, orad particularmente el domingo, orad en los días de grande festividad: estos son los días de oración.

Orad si estáis alegres, orad en el sufrimiento, en la tentación.

Orad con humildad, con fe, con perseverancia.

Orad en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

* * *

Hé aquí el corto sermón del misionero.

Reflexionad, preved, velad y orad.

Si estas cosas practicáis, iréis derechamente al Paraíso.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Así fué que, apenas repuestos del primer terror que les hizo caer, corrieron á Jerusalem á contar pormenorizadamente á los príncipes de los sacerdotes lo que habían visto y oído. ¿Es posible recusar estos testigos que son hostiles, que son muchos y que están uniformes en su dicho?

Pero la verdad de la resurrección está confirmada más luminosamente aún, por las medidas contradictorias y ridículas á que recurrieron los príncipes de los sacerdotes al oír esta nueva. «¿Qué hæcer?» se dicen consternados: si dejamos correr este rumor por el público, todo el mundo creerá que Jesús el nazareno es Dios é irán en su seguimiento; y los que lo crucificamos nos veremos cubiertos de oprobio y de vergüenza. Toman, pues, el partido de corromper á los guardias con dinero para que estos mismos propalen el embuste de que los discípulos de Jesús se aprovecharon de hallarlos dormi-